

TRIBUNA ABIERTA

## LAS CARAS INVISIBLES DE NUESTRO PASEO

POR ANTONIO BASCONES

«En el libro de la vida no todas las páginas están en blanco. Los primeros capítulos tienen su historia, su argumento»

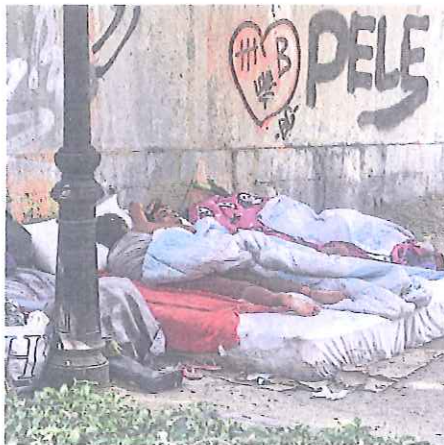
En los dulces paseos primaverales de este amable Madrid, cuando el sol toca su cénit y el ardor de los recuerdos nos invade, es frecuente encontrar, a nuestro paso, personas que al abrigo de la dislepidia nos solicitan ayuda y apoyo en su vida. Como sucede a los que presentan una prosopagnosia, que no reconocen una cara, volvemos nuestra mirada en otra dirección, intentando que ese espectáculo no nos importune. Esto puede deberse a una aporofobia o simplemente a una situación de que no nos importa lo que trasciende en esa persona sumida en un rincón de la vida, con unos recuerdos, ya olvidados, enterrados en los pliegues de su memoria.

Seguimos nuestro camino lentamente, un deambular pausado, dejando pasar el tiempo, tratando de marginar esa visión contemplativa que ha transcurrido olvidando un borrón en una página de nuestra vida. Seguramente no lo hemos notado, ni tan siquiera ha quedado impreso en nuestras neuronas y, sin embargo, una mínima expresión de esta agnía se ha expandido por nosotros. No nos hemos dado cuenta. No hemos sido conscientes de lo que ha ocurrido, pero una llamarada de pesadumbre, de tristeza, de pena, nos ha traspasado. En nuestro cerebro suena una endecha triste, testimonio del lamento de ese individuo, que nunca volveremos a ver ni a saber quién era, ignorando la razón por la que estaba en esa esquina que a resguardo de miradas e inclemencias, escondía el anonimato que porta el invisible. Seguramente algún paseante volvió la mirada hacia ese lugar tratando de descifrar quién era esa persona imprecisa, inconcreta, inmaterial. Seguramente su pasado tenía más valor que su presente y por eso nuestro viandante querría conocer algo del trasunto vivencial que le condujo hasta esta situación. En el libro de la vida no todas las páginas están en blanco. Los primeros capítulos tienen su historia, su argumento. Hay una trama de vida, de sueños, de deseos, de fábulas para realizar. Ahora, solo los que comienzan con la invisibilidad están en blanco. No hay nada escrito en ellos. Quizás, solamente, esas cuatro líneas escritas con desgana y apatía, en esos papeles y cartones junto a sus pies.

El transeúnte sigue su recorrido olvidando pronto ese fotograma rápido con el que se ha cruzado. Más adelante, con seguridad, se encontrará de nuevo con otra persona con las mismas características, y se detendrá algo más de tiempo. La visión de la primera le hizo pensar, en el corto espacio que les separaba que, a lo mejor, debería tratar de escudriñar algo más de su pasado que lo que cuenta, en unas líneas desaliñadas y torpes, en un cartón colocado desmañadamente en el suelo. Es una historia, de sentimientos lejanos, de pobres palabras que trata de mover a la compasión. Nuestro hombre parece que esta vez ha quedado traspasado por el senti-

miento que anida en el fondo de los corazones, y que gran parte de nuestra vida no dejamos aflorar. Se queda pensativo, con una contemplación perdida en la distancia al unísono con la mirada perdida en el tiempo de nuestro hombre invisible. Se han cruzado las dos miradas, la de la distancia y la del tiempo en un atisbo rápido. La corporeidad de nuestro paseante se enfrenta a la incorporeidad del intangible hombre tirado en el recoveco de la vida. Dos destellos que se cruzan: un desahogo emocional y un lamento extraño, del que sabe, en su ignorancia, que es efímero y no perdura.

En el trayecto nos encontramos con más indigentes, prototipos de lo escondido, de lo que no sale o no quiere salir a la realidad. Pasan por nuestro lado imperceptiblemente, como si fueran transparentes. Pero esa es la realidad que sucede: no son visibles,



Mendicidad en el centro de Madrid

G. NAVARRO

hemos desfilado frente a ellos y nada ha ocupado nuestro pensamiento. Vamos rápido, hay que llegar a algún lugar, donde una reunión de hombres visibles nos cuenten algo insustancial, que tampoco merece nuestra atención, y, sin embargo, se la damos como si fuera lo más importante que nos ha ocurrido esa mañana.

El hombre invisible, al caer la tarde, en el ocaso primaveral, recoge su historia plasmada en ese trozo de cartón, su caja con las monedas que los hombres de la vida le han echado, muchas veces con un cierto aire de displicencia y encamina sus pasos, cansinos y desgarrados, hacia el albergue donde se encontrará con otros inmateriales. Unos fantasmas que caminan de un lado a otro, tratando de buscar su hueco en ese lugar al que les ha conducido su pena. Han sido muchas horas de desdén, en esa calle perdida, y ahora quieren descansar. Al anochecer el refugio se llena de un entorno etéreo, misterioso, inapreciable que le da un sentido inescrutable y subreptico. El silencio es total. Todos abismados en el dolor y la desesperanza. La negra noche les invade. La luz desaparece como lo hizo la ilusión. ¡Hace tantos años que ya nadie se acuerda de aquello!

ANTONIO BASCONES ES CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE Y PRESIDENTE DE LA REAL ACADEMIA DE DOCTORES



PERFIL DEL AIRE

PACO ROBLES

## BALLOTAGE

Para limpiar el fango que traen los lodos del cambalache habría que pasar la fregona de la segunda vuelta

La monarquía degenera en tiranía. La aristocracia, en oligarquía. La democracia, en demagogia. El banderillero de Belmonte, en gobernador civil. Y los pactos, en ese cambalache que se parece demasiado al chalanero. Solo hay que darse un garbeo por la España de las autonomías, las diputaciones forales o tradicionales, los cabildos, las comarcas y los ayuntamientos para comprobarlo. Las administraciones se multiplican para acoger a tanto cesante que subsiste como una reliquia del XIX, aunque ahora no conspiran en los cafés, sino en los grupos de guasap. España es un mercadillo a cielo abierto y despacho cerrado, un rastro por el que se arrastran los que han sido arrastrados por las urnas y tienen que buscar acomodo en alguna covachuela. De algo hay que comer, compadre.

Creíamos que el fin del bipartidismo iba a ser el descabello de las dos Españas. Todo lo contrario. Dos frentes enfrentados. Frente a frente. Confrontación total. Rojos o azules sin pasar por el morado que mezcla esos colores, o el naranja que va del colorado al amarillo. El verde Vox está tan escorado que no puede mezclarse con nadie según los apóstoles laicos de los cordones sanitarios que anudan a su conveniencia. ¿Pactar con la extrema derecha? ¡Nunca! Los terroristas y sus franquicias ya son otra cosa. ¿Verdad, usted?

Para limpiar el fango que traen los lodos del cambalache habría que pasar la fregona de la segunda vuelta. Que pacten lo que quieran. Que le den a la fórmula combinada del pacto y reparto. Que cuenten los sillones y los dividan por dos o por tres. Pero que todo eso lo refrende el pueblo con su voto. En esas urnas donde no caben los sueños de los demagogos podemitas que cada vez resisten peor las normas algebraicas de la democracia. Que vote el personal y diga que ese pacto de los naranjas y los azules, con los verdes de fondo, les convence. O que apruebe el reparto de papeles de los del puño y la rosa con el de la coleta y los de la bandera estrellada. Que se retraen, como se decía antes.

La penumbra de los despachos le sienta mal al sistema de las urnas transparentes. El aire queda viciado y los pactos se trenzan para acabar con el contrario, no por elevación. Nadie piensa en la España que queremos, en la comunidad autónoma o el ayuntamiento que sería más deseable en cada caso. A unos les conviene que el otro pacte con los independentistas para echarse en cara, y a los otros les viene de perlas que el otro selle esa colación con la extrema derecha que les permite resucitar el franquismo del que viven. Esta labor de pactar es tan importante que no se puede dejar en las manos exclusivas del politiquero que no va más allá de su partido o de sus intereses particulares.

Para conseguir esa transparencia y esa legitimación de presidentes y alcaldes, la segunda vuelta es lo justo y necesario. En Francia lo llaman *ballotage*. Es la única manera de que no se pasen nuestro voto por el arco de la derrota.